

a la manera de pensar del ministro, pero el neutralismo laico o su posición negativa en presencia de los problemas del sentimiento, es absurdo; la edad del niño es la edad de la fe. ¿Puede la razón asumir la responsabilidad de abrir los caminos sin caer en la crítica o producir en su espíritu ese estado anárquico no solamente estéril sino peligroso para la conservación de los valores adquiridos? Hemos tenido un momento difícil; el epílogo no de la victoria sino de un período en que la libertad de creencia y el fárrago de las discusiones híbridas nos habían hecho perder el concepto de unidad. A él volvemos recuperando valores que considerábamos muertos, como la honradez económica y política.

—He advertido una Italia diferente a la de 1914; incrédula y deprimida entonces, bajo el peso de extrañas preocupaciones, la encuentro feliz y activa ahora, animada por un soplo nacionalista o patriótico intenso; he presenciado grandes conmemoraciones populares; los muertos de la guerra o sus mutilados, motivan manifestaciones intensas del sentimiento como si la conciencia del 66 y del 70 despertara con ideas luminosas y menos inciertas. Ayer, tres mil personas, hombres, mujeres y niños escucharon en el San Carlo, con el pañuelo en los ojos, el discurso de Delcroix, cuyos ojos después de la muerte conservan una visión tan bella de su tierra y de su historia.

—La Italia se renueva en el milagro de reconstruirse no sobre las ruinas de una revolución comunista, sino sintiendo circular en sus venas la savia de sus tradiciones, savia con la que fecunda nuevos ideales, desde que concurre la fe en la obra realizada.

—El historiador, el filósofo y el crítico precaven al político de la utopía.

—Repito que el hombre político, en mí, es un accidente. Cuando tenía 17 años, conocí a Antonio Labriola y por consejo de Spaventa, asistí a las lecciones que dictaba en la Universidad de Roma; aménisimas, discurría con vena abundante y satírica sobre todas las cosas con la información fresca del libro nuevo, especialmente alemán, del que era una especie de boletín parlante. Labriola me seducía porque no daba definiciones; entraba de seguido *in media res*; presentaba las dificultades del problema; no hablaba en tono catedrático sino a períodos breves y punzantes, que adquirían contornos oratorios. Mis compañeros lamentaban que no se dejase «resumir»; pero en los corredores de la Universidad yo defendía con ardor su método, porque según el dicho de Kant enseñaba no pensamientos sino a pensar. Las lecciones se prolongaban en la calle, en la librería Loeschen, dondequiera; nos unía un recíproco afecto. Labriola, del círculo moderado y conservador de Spaventa, saltó en 1886, al democrático y socialista, evolución que no me sorprendió porque su intelectualismo era como su carácter, radical. Dentro de la política extrema fué el terror de los jóvenes; su pluma, un látigo implacable. Agresivo y feroz; pero inteligente y sincero. He conservado mi gratitud al maestro, pero no su temperamento político. Un hombre sin dar credos, puede abrir caminos.

—¿Qué piensa usted de Papini?

—Los católicos elogian su obra; creen que la *Historia de Cristo* es el fruto de un creyente. Pero sin ideas formales; no se ha definido a pesar de lo mucho que ha escrito, ebrio de novedad entre lo serio y lo burlesco; lo profundo y lo superficial. En fin, hay en él materia; la lente del crítico a veces se equivoca, porque no es de cristal como la del físico. ¿Piensa usted permanecer algún tiempo en Nápoles?

—Visitar sus instituciones, admirar sus paisajes...

—¿Conoce usted las últimas excavaciones de Pompeya?

—No, señor Croce.

—Son interesantes, muy interesantes porque todo queda *in situ*. Voy a darle una carta para el director del Museo Nacional, a fin de que pueda visitarlas... Haga presente mis saludos al director de *La Prensa*, señor Paz y a todos los que en su país me estiman.

VÍCTOR MERCANTE.

## La Estética, de Croce

### El arte y la niñez

(De *La Prensa*, Buenos Aires).

TANTOS libros está suscitando en Inglaterra la lectura de la *Estética* del más elegante de los sabios, el señor Benedetto Croce, que no me extrañaría obrase el milagro de convertir a los ingleses en pueblo de filósofos. Entre los libros últimos de Londres veo hasta cuatro que no se habrían escrito sin el impulso que la traducción de las obras de Croce ha dado en Inglaterra a la especulación sobre la naturaleza del arte y de la belleza. Uno de ellos es *Los fundamentos de la estética*, por los graduados de Cambridge, señores Ogden, Wood y Richards; otro, *Un ensayo hacia una teoría de arte*, por el arquitecto Mr. Lascelles Abercrombie; otro, *La literatura del éxtasis*, por Mr. Albert Mordell, a quien no conozco, pero que debe de ser un joven, a juzgar por la impetuosidad de sus juicios, y otro, *El espíritu poético*, por Mr. Prescott, un profesor cuyas ideas coinciden con las de Mr. Mordell. Todos estos libros han sido provocados por las ideas del señor Croce, aunque todos ellos, porque la dialéctica es la madre del pensamiento, se han escrito en polémica contra el señor Croce, como si el primer deber de todo pensador moderno sobre estética fuese el de liquidar sus cuentas con el filósofo italiano.

Las mías son de liquidación difícil, porque le debo nada menos que la primera ordenación fundamental de ideas y la afición a la filosofía sistemática. La fascinación que ejerce la filosofía croceana, aparte del maravilloso estilo en que va expuesta, se debe precisamente a eso: a que proporciona al lector profano una primera ordenación de su mundo mental, porque su esquema filosófico es el más sencillo de comprender de cuantos pueden concebirse, con cuya afirmación no niego que contenga innumerables sutilezas, que sólo se revelan cuando se le estudia comparadamente con otros sistemas; pero, de momento, a la primera lectura, el lector ve tan claramente que el espíritu no puede actuar sino en la teoría o en la práctica, que acepta incondicionalmente esta primera clasificación de la filosofía croceana, y con no menos claridad entiende que estos dos géneros de actividad espiritual, la teórica y la práctica, se subdividen a su vez en otros dos cada uno, según que su objeto sea lo individual o lo universal, pues la intuición teórica puede ser estética cuando se limita a conocer el fenómeno, la naturaleza; o filosófica, que comprende la intuición estética y la rebasa porque tiene por objeto el noumeno, el espíritu mismo; y así la actividad práctica se divide en económica, cuando no quiere más que la naturaleza, el fenómeno, el bien individual o egoísta, mientras que pasa a ser actividad ética, que comprende y rebasa la económica, cuando quiere el espíritu, el noumeno, el bien universal. Los héroes de la teoría individual son los grandes artistas: Cervantes, Miguel Angel, Shakespeare; los de la teoría universal: los grandes filósofos, Platón, Aristóteles, Leibnitz; los de la práctica individual, los hombres de acción: César Borgia, Jorge Brummel, Ford; los de la práctica universal, los santos: San Francisco, Santa Isabel de Hungría, Florencia Nightingale.